

El colapso de la pretensión soviética

Robert G. Kaiser

*L*a importancia del nuevo estilo impuesto por Gorbachov radica, según el autor de este ensayo, en el reconocimiento, tanto en el bloque Este como en Occidente, del ya inocultable fracaso de la URSS en términos de competitividad. Ello, afirma el ensayista, debe acabar de una vez por todas, no solo con la pretensión soviética de que su sistema es mejor, sino con el temor que alguna vez abrigó Occidente de que el comunismo pudiera en efecto ofrecer una mejor manera de organizar a las sociedades humanas, atrayendo paulatinamente a la mayor parte del mundo en torno a sus doctrinas. Según esto, la actual coyuntura serviría para reevaluar seriamente las ideas sobre la confrontación Este-Oeste.



DESDE LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE, LA IDEOLOGÍA del comunismo ruso ha ejercido una fascinación y un poder obsesivos fuera de las fronteras de la Unión Soviética, inclusive en aquellos momentos en que la nación atrevesaba por épocas desesperadas de pobreza y atraso. La proposición central del marxismo-leninismo —que la lucha entre el “socialismo” y el “imperialismo” es inevitable y que necesariamente culminará con el triunfo del socialismo— ha desconcertado y alarmado a Occidente durante mucho tiempo.

En el interior de la URSS, la tantas veces repetida fe en la superioridad inherente del socialismo ha sido un aspecto fundamental de la vida soviética. Al reiterar tal dogma, los sucesivos dirigentes han procurado convencer a su pueblo de que los sacrificios y la vida dura valían la pena, siendo, inclusive, nobles, ya que todo ello tenía una finalidad gloriosa.

La confianza oficial en la superioridad del sistema soviético y en la victoria segura del socialismo sobre el capitalismo podría llamarse la “pretensión soviética”. Ha sido un ingrediente crucial del carácter nacional, y un importante instrumento para uso de todos sus dirigentes, desde Lenin hasta Chernenko. Pero en la era de Mijail Gorbachov, la pretensión soviética se está derrumbando, lo que constituye, sin duda, un cambio trascendental.

Los kremlinólogos debaten con justa razón el significado último de los esfuerzos desplegados por Gorbachov para “acelerar” y “reestructurar” la economía soviética. Sus primeros 18 meses en el cargo no produjeron

II TRIMESTRE 1987

resultados dramáticos, como él mismo ha reconocido, y habrá que esperar muchos años para evaluar en sus justas proporciones un esfuerzo de reforma que apenas se está estructurando.

No obstante, ya se puede reconocer el sustancial cambio cualitativo que Gorbachov ha introducido en el discurso político y, por tanto, en la autoimagen soviética. Gorbachov ha abandonado el estilo retórico al cual tanto sus compatriotas como él mismo estaban acostumbrados. El estilo tradicional buscaba minimizar las malas noticias mientras se repetía incansablemente cuán grande era el poder soviético, cuán gloriosas sus múltiples victorias, cuán brillante su futuro. Por el contrario, Gorbachov subraya ahora las malas noticias —el estancamiento del país— y se explaya sobre la necesidad de cambios radicales en las actitudes individuales de los ciudadanos para poder corregir la situación.

En un comienzo, este cambio resultó refrescante y le ganó a Gorbachov mucha simpatía por parte de sus compatriotas. Pero en una sociedad profundamente ideológica cuya ideología ha sido formulada durante tantos años a través de *slogans*, este nuevo tipo de retórica puede eventualmente traer consecuencias políticas graves. En efecto, Gorbachov ha dejado de lado ese final feliz prometido por todos sus antecesores. Aún conserva la esperanza de un mañana maravilloso, pero solo si sus exigencias de cambios profundos en el *statu quo* se ven cumplidas.

Sin embargo, no define o explica claramente tales cambios, de forma que aún los ciudadanos soviéticos más fieles y dedicados deben preguntarse qué es exactamente lo que su líder espera de ellos. ¿Cómo aprende un buen camarada una actitud totalmente nueva hacia su trabajo, según las repetidas exhortaciones de Gorbachov?

Mijaíl Gorbachov cambiará a su país; espera que esta transformación sea para bien, pero existen bases sólidas para poner en duda la materialización de sus deseos. En último término, su nueva franqueza puede acabar por descorazonar al público soviético, reforzando el cinismo, ya tan marcado en la vida nacional.

Al alterar la auto-percepción soviética y al reconocer cuánto se ha alejado su pueblo de la sociedad ideal, Gorbachov puede estarle haciendo inadvertidamente un favor considerable al mundo occidental. Puede ofrecerle una nueva oportunidad para hacer una evaluación más realista de la URSS y, con base en ello, llegar a un nuevo y más sensato consenso sobre el problema soviético y la mejor manera de encararlo.

II

TAL VEZ EL DOCUMENTO PRINCIPAL DE LA ANTIGUA escuela fue el Tercer Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, adoptado bajo Nikita Kruschov en el XXI Congreso del Partido en 1961. “El socialismo sucederá inevitablemente al capitalismo en todas partes”, declaraba. “Tal es la ley objetiva del desarrollo social. El imperialismo no podrá contener el proceso irresistible de la emancipación”.

Hasta allí se trataba de retórica soviética convencional, pero en el documento de 1961 el partido dio un fatídico paso adicional, al aventurar predicciones acerca de los logros de los 20 años siguientes:

“En los siguientes 10 años (la producción industrial aumentará) en aproximadamente 250 por ciento, excediendo el nivel de la producción industrial de Estados Unidos; en el curso de 20 años (el aumento) será no menor del 500 por ciento, dejando muy a la zaga el actual volumen total de la producción industrial estadounidense... En la primera década, la Unión Soviética le ganará a Estados Unidos en producción agrícola per cápita... Para fines de la segunda década, todas las familias, inclusive los recién casados, tendrán un apartamento confortable”.

Estas predicciones demostraron ser todas excesivamente optimistas, y pronto las promesas del tercer programa del partido se relegaron al olvido. Gorbachov y sus colegas reescribieron el programa, aunque con objetivos mucho más modestos, en el XXVII Congreso del Partido efectuado en marzo de 1986.

Como expresión de las aspiraciones de la élite soviética, el tercer programa del partido sigue siendo un documento importante. Los miembros de la élite del partido en 1961 —sobrevivientes de la era stalinista que habían visto a su nación ganar la Segunda Guerra Mundial para luego recuperarse dramáticamente y convertirse en el primer país en explorar el espacio— sin duda compartieron las ambiciones que enumeraba el programa. En ese momento no tenían razones válidas para poner en duda la capacidad de su sistema de producir una potencia mundial competitiva. Existían, desde luego, serias diferencias en la sociedad soviética, pero, en opinión de la élite, éstas podrían corregirse; la tendencia general era clara y muy alentadora.

Durante casi un cuarto de siglo, el estilo del programa de 1961 sobrevivió. Desde Brezhnev hasta Chernenko, los sucesores de Kruschov le hicieron eco a su propaganda esencialmente optimista, si bien atenuaban sus más aventuradas promesas. Luego Gorbachov intentó algo nuevo.

En comparación con la retórica tranquilizadora aunque repetitiva de sus antecesores, las declaraciones públicas de Gorbachov tienen con frecuencia una cualidad convincente, inclusive alarmante. “Todos deben cambiar”, dijo en 1985 en un comentario característico, “desde el trabajador hasta el ministro y hasta el secretario del Comité Central... Quienes no tienen intenciones de cambiar tendrán que ser retirados del camino”. ¿Por qué se requiere este cambio? “El destino histórico del país y la posición del socialismo en el mundo” dependen de ello, le expresó Gorbachov al Comité Central a comienzos de 1985. ¿Y cómo le ha ido al país? No muy bien, según las declaraciones de su máximo dirigente, aún después de 18 meses de su gobierno: “Hasta ahora no se han producido cambios cualitativos profundos que podrían consolidar la tendencia hacia un crecimiento acelerado... Para hablar con franqueza, lo principal está aún por hacerse”^{1-1A}.

1 / Discurso ante el partido de Khabarovsk el 31 de julio de 1986, informe transmitido en el *Foreign Broadcast Information Service Daily Report: Soviet Union*, agosto 4, 1986.

1A / En el informe presentado por Mijaíl Gorbachov ante el Pleno del Comité Central del PCUS el 27 de enero de 1987 (con posterioridad a la elaboración del presente ensayo), el Secretario General se refiere a los logros obtenidos con el “renovador trabajo desplegado en el país”, aunque hace un nuevo catálogo de fallas y admite percatarse “de que la situación está mejorando lentamente, las reformas resultaron más difíciles de realizar, y las causas de los problemas acumulados en la sociedad son más profundas de lo que pensábamos”. Véase CIENCIA POLÍTICA No. 6, sección Documentos (N. del E.).

Si toman en serio sus palabras, las audiencias de Gorbachov deben sentirse incómodas con su discurso, tanto debido a su pesimismo implícito acerca del pasado reciente y del presente, como por la magnitud de los cambios que repetidamente exige. Por ejemplo, estos son algunos apartes de un discurso pronunciado a mediados de 1986 ante los dirigentes del partido en Khabarovsk, en el extremo oriental de la nación:

"La actual reestructuración comprende no solo la economía sino todas las demás facetas de la vida pública: las relaciones sociales, el sistema político, la esfera espiritual e ideológica, y el estilo y métodos de trabajo del partido y sus cuadros. "Reestructurar" es una palabra grande. Yo equipararía la palabra "reestructurar" con la palabra "revolución"... El enorme alcance y volumen del trabajo que nos aguarda ya se está apreciando mejor, y se está viendo hasta qué punto muchas concepciones de la economía y de la administración, de los asuntos sociales, del sistema estatal y la democracia, de la crianza y la educación y de las demandas éticas aún se encuentran rezagadas con respecto a las tareas del desarrollo... Continuaremos (trabajando) hasta que hayamos asegurado un cambio radical, en primer lugar en el pensamiento de nuestros cuadros administrativos, así como en el pensamiento y la psicología de todos los trabajadores y de la sociedad en su conjunto... No habrá avances si buscamos las respuestas a los nuevos interrogantes en la economía y la tecnología basándonos en la experiencia de los años treinta, cuarenta, cincuenta, o aún sesenta y setenta. Este es un momento diferente, con diferentes exigencias y requerimientos" ².

La franqueza de Gorbachov ha sido imitada por otros dirigentes. Tal vez el más audaz de sus colegas es Boris N. Yeltsin, ahora candidato a miembro del Politburó, a quien Gorbachov llevó a Moscú como el nuevo primer secretario de la organización del partido en la capital.

"Es imperativo dejar las mentiras", dijo Yeltsin en su más famosa aparición pública, un discurso pronunciado ante el partido en Moscú en enero de 1986. En aquella ocasión hizo un severo recuento sobre los fracasos del partido en su dirección de los asuntos de la ciudad.

En una reunión privada de los líderes del partido, en abril de 1986, Yeltsin dio un paso más en sus críticas, lo cual sugiere que la franqueza puede ser mayor a puerta cerrada. Una transcripción de dicha reunión llegó a Occidente el año pasado y fue publicada en el diario *Le Monde*³. Tiene todas las características de un documento genuino y como tal ha sido aceptado por analistas del gobierno norteamericano. Unos pocos apartes demuestran cuánto se ha apartado Yeltsin del enfoque convencional, panglosiano, del discurso del funcionario soviético tradicional:

"Los (anteriores) funcionarios estaban haciendo las cosas solo para alardear. "Miren lo linda que es nuestra ciudad, cómo marcha todo de bien; somos lo mejor del mundo; no debemos mencionar los problemas de Moscú". Quienes aún piensan así deben apartarse e irse... Debemos combatir los abusos de poder. Las esposas de muchos altos funcionarios (de Moscú) andan en Volgas negras (automóviles utilizados como limosinas por funcionarios de categoría). Por lo general un automóvil de este tipo llega en la mañana para llevar al niño a la escuela, luego deja al padre en el trabajo, y finalmente regresa por la esposa. Debemos ponerle fin a esta situación..."

² / *Ibid.*
³ / Julio 16, 1986, pp. 2-3.

En los últimos meses, 800 funcionarios del sector comercial (quienes trabajan en organizaciones de ventas mayoristas y al detal) han sido arrestados en Moscú. Estamos escarbando cada vez más profundo y aún no hemos visto el fondo de ese pozo de corrupciones".

Yeltsin reveló que el famoso metro de Moscú se encontraba en condiciones de deterioro y que, por primera vez, estaba produciendo pérdidas; que 15 institutos científicos en la ciudad se iban a cerrar porque "no han hecho nada en años"; que se habían "registrado" 3.600 drogadictos en Moscú, agregando: "¿cuántos no hemos detectado aún?"; que la esperanza de vida de los moscovitas había descendido de 70 a 68 años en apenas dos años, de 1983 a 1985.

Este estilo de discurso franco desafía los tabúes soviéticos tradicionales. Es posible que, teóricamente, fuera predecible que, en este estadio de su evolución, la Unión Soviética produjera líderes que se refirieran honestamente a los inmensos problemas de su país. Gorbachov, Yeltsin y otros están comenzando a alinear la propaganda soviética con la realidad. No obstante, en términos de política práctica, este cambio hacia la franqueza acerca del deterioro de la situación general tiene que haber sido difícil. Marca el colapso de una ola de optimismo que, tan solo hace una docena de años, había entusiasmado a la élite soviética, ofreciéndole nuevas esperanzas respecto del status de su nación.

A comienzos de la década de los 70 el presidente Nixon visitó Moscú, y los propagandistas soviéticos celebraron un cambio histórico en "la correlación de fuerzas" con ventaja para el "socialismo mundial". Seguramente muchos funcionarios soviéticos creyeron que las promesas de Lenin y de Stalin por fin se iban a cumplir. El curso de los acontecimientos parecía, en efecto, dirigirse en favor suyo: los norteamericanos habían perdido su guerra en Vietnam y enfrentaban disturbios domésticos; Washington tuvo que reconocer el surgimiento de la Unión Soviética como superpotencia genuina, ratificando dicho status en los muchos acuerdos firmados durante el período 1972-1974; las aventuras soviético-cubanas en Angola y en Etiopía estaban demostrando que esta superpotencia podía utilizar su poderío de manera creativa y efectiva.

Ciertamente, desde las épocas del Sputnik en 1957 hasta el apogeo de la distensión, un miembro de la élite soviética podía fácilmente haber creído que su país se encontraba en ascenso, compitiendo eficazmente con Estados Unidos, avanzando inexorablemente hacia el status internacional preeminente que merecía. El camino, desde luego, no era fácil, pero los marxistas-leninistas comprenden la dialéctica de la historia y saben que así es como funciona. Ese mismo miembro de la élite hubiera reconocido que quedaba mucho por hacer, en especial en cuanto a elevar el nivel de vida, pero hasta mediados de la década de 1970 tenía, sin la menor duda, bases para sentirse optimista.

Durante la última década ese panorama rosa se oscureció dramáticamente. A fin de cuentas resultó que la distensión al estilo de los 70 no significó alteraciones profundas en la correlación de fuerzas. Estados Unidos pareció recuperarse del fiasco de Vietnam, y tomó un curso antagónico nuevo que amenazaba los intereses soviéticos. Los partidos políticos de izquierda

sufrieron reveses en la mayoría de los países de Europa occidental, y la alianza de la OTAN puso de manifiesto su cohesión en la decisión de emplazar los nuevos misiles de alcance medio en 1983-1984. Aún el Japón, con la elección de Yasuhiro Nakasone como primer ministro, escogió un gobierno de línea relativamente dura.

La decisión soviética de abandonar la autarquía económica —un aspecto importante de la distensión que nunca fue cabalmente apreciado en Occidente— no ha funcionado muy bien. La tecnología occidental no le reportó a la URSS los beneficios que esperaban Leonid Brezhnev y Alexei Kosygin, en tanto que el país y sus satélites este-europeos han amasado grandes deudas con respecto a los capitalistas. La crisis polaca, tan sorprendente cuando se manifestó en 1980, acabó con cualquier optimismo restante sobre el futuro del imperio de Europa Oriental. La configuración del futuro tecnológico del mundo se ha aclarado en los últimos diez años e implica un panorama siniestro para la Unión Soviética, ya que se fundamenta en la utilización generalizada de computadores, instrumentos que han demostrado ser obstinadamente extraños para la mayoría de los sectores de la sociedad soviética.

Tal vez lo más importante es que ya ha quedado patente que la economía doméstica soviética —la industria, la agricultura y el sector servicios— se encuentra en graves dificultades. La salud también se ha ido deteriorando. Las estadísticas alarmantes sobre el descenso en la esperanza de vida al cual hizo rápida referencia Yeltsin son la evidencia más contundente. No obstante, hay mucho más, desde tasas de criminalidad y de divorcio en aumento, hasta un evidente desmedro en la situación alimenticia.

Este cambio súbito en la suerte del país no habrá pasado desapercibido para muchos comunistas soviéticos. Durante un viaje de un mes que efectuó a Moscú a fines de 1984 apreció claramente un malestar profundo cuando la élite apenas si podía disimular su humillación mientras los dirigentes del partido pugnaban por sostener la pretensión de que el vacilante Konstantin Chernenko era un líder nacional funcional. El ascenso de Gorbachov al año siguiente alteró ese sentimiento y ha restaurado un sentido de posibilidad. Pero la élite misma, a juzgar por evidencia razonable proveniente de participantes en el debate, aún se encuentra fuertemente dividida acerca de si Gorbachov podrá mejorar la situación o si simplemente evitará que empeore. Gorbachov no le facilita las cosas a los optimistas al repetir su advertencia de que tan solo cambios radicales en las actitudes y desempeño de todos los soviéticos permitirán el mejoramiento real.

III

EL COLAPSO DE LA PRETENSION SOVIETICA es la más reciente etapa de un largo proceso —iniciado con la muerte de Stalin— en el cual la URSS ha ido abandonando la ideología stalinista. Una vez comenzado el proceso iba a ser muy difícil detenerlo, por lo cual parece acertado pensar que la franqueza de Gorbachov es una evolución natural, así represente un cambio brusco con respecto al pasado inmediato.

Los observadores extranjeros no deben subestimar la fuerza ni el significado que tuvo esa ideología en el país. La visión que el stalinismo tenía sobre el mundo moldeó a todos los líderes soviéticos de este siglo, incluyendo a Gorbachov. La imagen mítica del “poderío soviético” como la fuerza que transformaría a esa Rusia atrasada y la convertiría en una superpotencia global, se incrustó en las mentes de los jóvenes comunistas generación tras generación. Seweryn Bialer ha observado que cuando Kruschov tanto alarmó a Occidente al prometer “enterrarlo”, no estaba profiriendo una amenaza sino expresando una perogrullada ideológica. La idea de que la historia reivindicaría al comunismo y enterraría al sistema capitalista anacrónico de Estados Unidos “era tan natural para él que seguramente se sorprendió por el efecto que causó su sencilla declaración ideológica”, escribe Bialer⁴.

Los occidentales no alcanzan a apreciar fácilmente la influencia que la visión de Stalin ha ejercido sobre su país. Ciudadanos soviéticos conscientes que sobrevivieron la era y cuyas memorias ahora se publican en sus nuevas patrias occidentales (los libros de los esposos Lev Kopelev y Raisa Orlova son buenos ejemplos), son una muestra de cuán ciegamente aún las personalidades más brillantes adoptaron incondicionalmente la visión stalinista sobre la realidad en los años treinta y cuarenta.

Adam Ulam ha descrito el concepto que tenía Stalin de la ideología: “una sociedad no puede controlarse en su totalidad mediante solo cadenas políticas y económicas, reconocía (Stalin); las energías de una nación no pueden movilizarse para realizar esfuerzos enormes, para soportar penosos sacrificios, si se descuida su nutrición espiritual e intelectual”⁵. Así pues, Stalin ofreció su visión acerca del marxismo-leninismo, y la puso en práctica con una violencia despiadada que cobró millones de víctimas. “Murieron para que la vida pudiese probar la verdad del dogma”, escribe Ulam. “La vida debe verse como una lucha constante entre las fuerzas de la luz y las de la oscuridad (creía Stalin). El negar esta lucha hubiese significado despojar al comunismo de todo su sentido enaltecedor, convertirlo en un negocio árido de cuadros estadísticos y administración, en una filosofía que reclamaba burócratas y expertos en lugar de líderes y héroes”⁶.

Hoy día el comunismo soviético se ha convertido, en efecto, en un negocio árido que requiere burócratas y expertos, no héroes. Durante las tres décadas siguientes a la muerte de Stalin, el sistema se deterioró; la corrupción y la embriaguez, la holgazanería y el robo, se convirtieron —bajo admisión oficial— en lugares comunes. La nostalgia de la mano firme de Stalin se hizo presente en los años setenta en muchos ciudadanos del montón, revelando que aún existían anhelos de volver a tener un liderazgo visionario de este tipo. Pero sin líderes que se atreviesen a recurrir a la violencia como lo hizo Stalin, su estilo de mando no podía mantenerse.

4/ Seweryn Bialer, *The Soviet Paradox*, New York: Alfred A. Knopf, 1986, p.264.

5/ Adam Ulam, *Stalin*, New York: Viking Press, 1973, p. 338.

6/ *Ibid.*, p. 740.

Y ninguno de sus sucesores ha demostrado tener intenciones de revivir la violencia, cosa que de todas maneras los líderes del partido nunca sancionarian, toda vez que el partido fue una de las principales víctimas de Stalin.

Krushchov expuso los crímenes de Stalin, pero fue, a pesar de ello, el último creyente verdadero en su visión ideológica. Durante la larga era de Brezhnev prosperó el cinismo. El propio Brezhnev no abandonó los *slogans* optimistas de Stalin, pero los repetía con su vacuidad característica. Al aferrarse al poder mientras la moral nacional comenzaba a desintegrarse, Brezhnev creó involuntariamente las condiciones que ahora Gorbachov está tratando de explotar. La era Brezhnev se está convirtiendo cada vez más en el principal chivo expiatorio en sus declaraciones públicas ^{6A}.

IV

GORBACHOV Y SUS COLEGAS ESTAN AHORA LUCHANDO CONTRA la embriaguez, el cinismo y la pereza, sin duda con la esperanza de que si pueden arreglar la situación podrán en seguida proceder a revivir la pretensión de la superioridad soviética. Esta generación de líderes no está dispuesta a aceptar un status inferior permanente para su país, aún si ello significa el abandonar temporalmente los *slogans* y las promesas que suenan cada vez más ridículas, inclusive a los oídos relativamente crédulos de los soviéticos. La nueva política del *glasnost* (apertura) y el llamamiento a la *perestroika* (reestructuración) son tácticas utilizadas para revivir el sistema, y de ninguna manera admisiones de fracaso.

Pero precisamente porque *suenan* como si fueran tales admisiones, resultan políticamente arriesgadas. Al jugar con las promesas del comunismo, Gorbachov está cuestionando una importante fuente tradicional de la legitimidad del sistema. La fórmula simple que durante tanto tiempo ha servido —el fin justifica los medios— se convirtió en una explicación fundamental de la forma en que marchaban las cosas. Ahora, cuando los dirigentes del país parecen cada vez más convencidos de que el fin deseado puede requerir *diferentes* medios, las antiguas fórmulas ya no sirven para tranquilizar a los soviéticos.

No puede ser fácil para una sociedad ideológica el prosperar en ausencia de explicaciones doctrinarias persuasivas, ya sea sobre las condiciones actuales como para las perspectivas futuras. Existe evidencia abundante sobre la tensión ocasionada por el nuevo enfoque. Un ejemplo de ello sucedió durante el congreso del partido en 1986, cuando, pese a las elocuentes exhortaciones de Gorbachov sobre la necesidad de modificar el mecanismo económico, la persona directamente encargada de la economía, Nikolai Ryzhkov, ignoró por completo dicho tema en su informe.

El propio Gorbachov ha sido censurado en la prensa del partido en más de una ocasión. En su discurso ante la élite del partido en Khabarovsk

6A / También en el informe del 27 de enero ante el Pleno, Gorbachov hace énfasis en los problemas "que hemos heredado del pasado" y en "lo que sucedió en el declive de los años 1970-1980", con una larga lista de fuertes críticas que implícitamente señalan como culpable principal a Brezhnev. Véase CIENCIA POLITICA No. 6, sección Documentos (N. del E.).

el 31 de julio, Gorbachov hizo las siguientes observaciones sobre los cuadros y trabajadores del partido:

"Debe garantizarse una combinación de cuadros con experiencia y de cuadros jóvenes. Debe haber un proceso de promoción y desarrollo de cuadros, pero que sea sobre la base de méritos, sin que haya, por así decirlo, favoritismos y camaradería, sino consideraciones en cuanto al trabajo bien realizado. Debe haber un flujo constante de fuerzas frescas (personas nuevas)"⁷.

Cuando *Pravda* publicó el "texto" del discurso el 3 de agosto, el mismo pasaje leía así:

"Debemos garantizar una combinación de cuadros con experiencia y cuadros nuevos, sobre la base de un proceso continuado de desarrollo y promoción, con debida consideración a las cualidades políticas y profesionales".

En *Pravda* no existía ya necesidad alguna de "un flujo constante de fuerzas frescas", ni críticas al "favoritismo y la camaradería". En este tipo de temas altamente sensitivos, o bien al líder soviético no se le permite decir lo que quiere en el principal órgano del partido, o bien él mismo decidió auto-censurarse.

La ya mencionada reunión de Yeltsin con la élite del partido en Moscú, en abril de 1986, es otro ejemplo de las tensiones internas existentes. De acuerdo con la transcripción no oficial de dicha reunión, a Yeltsin se le pasaron por escrito 300 preguntas de los asistentes, varias de ellas bastante hostiles. Una pregunta, que supuestamente Yeltsin leyó en voz alta, decía: "Usted tiene planes muy ambiciosos; ¿por qué se está entrometiendo? Gorbachov tan solo necesitaba a un servidor leal. Regrese a Sverdlovsk antes de que sea demasiado tarde" (Sverdlovsk es la ciudad de los Montes Urales en donde Yeltsin fue anteriormente primer secretario de la organización del partido).

De acuerdo con la transcripción, podían escucharse gritos de "¡vergüenza!" en el salón. Yeltsin comentó: "Cálmense, camaradas. No creo que esta pregunta haya sido formulada por alguien en la audiencia. Seguramente se recibió antes y se confundió con las demás. El autor está obviamente enfermo".

Este tipo de envalentonamiento tiene, sin duda, su impacto, pero el hecho es que la moral del partido está en situación muy frágil y la ideología ya no ofrece mayor tranquilidad. Como dato revelador, el tema general de la ideología ha perdido la importancia que en alguna ocasión se le acordó. En el último congreso del partido, solo el secretario del Comité Central a cargo de asuntos ideológicos, Yegor K. Ligachov, consideró con algún detalle dicho tema en un discurso pronunciado desde el podio, el cual no presentó innovaciones ni revistió interés particular. En su largo informe ante el congreso, Gorbachov revivió muchas antiguas fórmulas sobre las fallas inherentes del capitalismo, pero lo hizo al parecer para introducir —y suavizar— sus propios comentarios críticos sobre el estado del socialismo soviético. Las reverencias ritualistas ante Lenin y su labor parecen ahora más superficiales en los discursos y en la propaganda impresa de los políticos.

7 / Foreign Broadcast Information Service, agosto 4, 1986.

Para efectos prácticos, el partido en sí ha dejado de ser una fuerza ideológica. Wolfgang Leonhard escribe en su nuevo libro que a los miembros del partido ya no se les asignan funciones ideológicas significativas, sino que se les exhorta a convertirse en ciudadanos modelo que den ejemplo productivo⁸. El Partido Comunista de la Unión Soviética, sugiere Leonhard, podría rebautizarse ahora con el nombre de "Unión de Patriotas" o "El Partido de la Patria".

V

EN EL PLAN QUINQUENAL ACTUAL, GORBACHOV y sus colegas están trabajando dentro del marco del sistema que heredaron, esperando poder utilizar sus reservas desperdiciadas de capacidad productiva para cambiar la lentitud característica de los años recientes. Gorbachov describe el esfuerzo actual como "lo más difícil de todo: hacer que este poderoso motor (la economía soviética) marche". Luego, "en el siguiente plan quinquenal, las cosas funcionarán más rápido y habrá mayor crecimiento". Observando el panorama con algo de cinismo, podría predecirse que, luego de cinco años de experimentos limitados que no darán resultado, lo que tendrá que hacer Gorbachov es ensayar cambios más drásticos que tal vez funcionen o tal vez no.

Es más fácil mostrarse pesimista que optimista acerca de las perspectivas de Gorbachov y de su país. Aquí no está en juego la supervivencia de la Unión Soviética; aún si Gorbachov falla como reformador, su país sobrevivirá y seguramente continuará siendo fuerte y poderoso durante el tiempo que lo gobierne. Pero a menos que resulte ser un reformador increíblemente exitoso, Gorbachov no podrá revivir a la URSS de tal forma que pueda competir genuinamente por el liderazgo mundial con Estados Unidos y sus aliados. En lugar de ello, presidirá un proceso continuo de decadencia que, para fines del siglo, podría dejar a la Unión Soviética a la zaga de muchas sociedades más dinámicas, ofreciendo a sus ciudadanos niveles de vida de segunda o tercera clase mientras, sin duda alguna, conserva un poderío militar de primera categoría.

Lo que hoy en día se perfila es la pérdida del ideal nacional soviético —la extensión lógica del colapso de la pretensión de superioridad soviética. La esencia justificativa de la Revolución Bolchevique estaba en colocar a Rusia en la cima de la ola histórica, de forma que su comunismo pudiese triunfar cuando las contradicciones internas del capitalismo provocasen el derrumbe de las grandes potencias tradicionales de Occidente. Tal era el ro-sado escenario leninista. En su ausencia, las nuevas generaciones de dirigentes soviéticos tendrán que reformular sus visiones privadas y también las que tiene el partido acerca de su país y del lugar que ocupa en la historia.

Ya existen indicios de que algunos ciudadanos soviéticos han comenzado a reaccionar frente a las propuestas de Gorbachov con un escepticismo que poca ayuda le presta al esfuerzo realizado por el secretario general para revivir la economía mediante exhortaciones. Gorbachov podrá durante un

tiempo seguir criticando y alentando, pero esto no puede pasar de ser una táctica de corto plazo. Si no produce resultados positivos, sus palabras pronto comenzarán a sonar como bravatas huecas. En pocos años, Gorbachov podría tener que escoger entre recurrir nuevamente a la Gran Mentira, alardeando sobre cómo marchan de bien las cosas a pesar de las evidencias contradictorias, o reconocer que el sistema mismo es el culpable (como realmente lo es) de las dificultades persistentes que confronta la nación.

Resulta arriesgado aventurar predicciones acerca de los cambios en el temperamento nacional, pero parece necesario especular un poco sobre el fatalismo que se asentará si falla la "reestructuración" de Gorbachov. Brezhnev disfrutó de una ventaja política considerable durante los primeros doce años de su reinado; dirigió a un pueblo cuyo nivel de vida había estado mejorando constantemente durante 30 años. Para mediados de la década de 1990, si las actuales tendencias negativas no se han modificado radicalmente, Gorbachov o su sucesor podrían fácilmente tener que hacer frente a una población cinica cuyo nivel de vida se ha congelado o inclusive ha disminuido en el curso de los últimos 20 años. Y la población soviética de los años 90 estará mucho más consciente de las condiciones existentes fuera de su país de lo que estaban los ciudadanos de las décadas del 60 y del 70, y comprenderá perfectamente su propia inferioridad relativa.

Una Unión Soviética estancada o decadente en medio de un mundo de cambios tecnológicos dinámicos y rápido crecimiento en naciones anteriormente atrasadas, seguramente experimentará una erosión aún mayor en su confianza ideológica. No resulta difícil imaginar la muerte efectiva del marxismo-leninismo, sobreviviendo apenas como una doctrina legitimadora que sirve para justificar el gobierno continuado de la élite del partido.

Durante mucho tiempo ha sido evidente que la ideología comunista en sí es una fuente insuficiente de legitimidad. El nacionalismo —en realidad el nacionalismo ruso, apenas disfrazado para acomodar el estado soviético multinacional— ha sido el sustituto más efectivo del celo marxista-leninista desde que Stalin lo colocó como aliciente en el esfuerzo de guerra contra Alemania. En la actualidad, Gorbachov le dice por lo general a sus compatriotas que sus esfuerzos pasados fueron válidos debido a que convirtieron a la Unión Soviética en una gran potencia mundial, y rara vez dice que fue porque sirvieron para avanzar la causa del comunismo o la revolución internacional.

No obstante, algunos elementos de la ideología soviética que siempre han inquietado a Occidente sobrevivirán en tanto subsista el sistema. Uno de ellos es la mitología del partido y de su papel de liderazgo, lo cual sirve para justificar el status de la élite. Otro es la presunción de que la lucha entre el socialismo y el "imperialismo" —Occidente— continuará indefinidamente, lo que constituye una fórmula de lucha permanente que le suministra a la élite una herramienta muy útil para dominar a la sociedad. La idea de un mundo exterior permanentemente hostil encaja tan bien con las más profundas inseguridades del carácter nacional ruso que está destinada a sobrevivir.

8 / Wolfgang Leonhard, *The Kremlin and the West*, New York: W.W. Norton & Co., 1986, p. 11.

VI

SI HEMOS ENTRADO EN UN PERIODO DE DECADENCIA de la Unión Soviética acompañado de un cambio trascendental en la auto-percepción de su pueblo, ¿qué significado tiene ello para el resto del mundo? ¿Cómo pueden aprovechar estos cambios Estados Unidos y sus aliados?

Las secciones tradicionales de "qué debe hacerse" en los análisis contemporáneos de la URSS son por lo general poco satisfactorias. Las recomendaciones usuales se parecen a las exhortaciones de Gorbachov para lograr una reforma económica. Según ellas, se requerirían cambios bruscos y radicales en estilo y en sustancia, en este caso de la política y la diplomacia de Occidente. Sería, desde luego, deseable concentrarse en aquellas áreas en donde Oriente y Occidente comparten intereses comunes y mostrarse firmes, pacientes y persistentes, utilizar una combinación sensata de alicientes y mano dura, etc. Sería deseable pero, dadas las circunstancias, muy poco probable que sucediera.

Los tratados de los diplomáticos profesionales y de los estudiosos jamás alterarán los factores básicos de la vida occidental y, en particular, de la norteamericana. Estados Unidos difícilmente conducirá una política exterior sofisticada e ingeniosa mientras siga siendo una democracia sujeta a la influencia, o aún al control, de incontables facciones. Prácticamente nunca se elige a un presidente norteamericano sobre la base de asuntos de política exterior; cuando dichos asuntos son significativos, su importancia es, por lo regular, simbólica y psicológica. Los frenos y equilibrios del sistema norteamericano tan solo afectan la política exterior en situaciones extremas, casi nunca en el discurrir diplomático cotidiano. Los esfuerzos desplegados por el Congreso durante la administración Reagan para dirigir a esta última hacia el control de armas han sido aleccionadores; en algunos puntos específicos (por ejemplo las pruebas de armas anti-satélites y el desarrollo de un misil móvil *Midgetman*) el Congreso ha modificado el curso de la Administración, pero sin alterar su política global.

La política norteamericana con respecto a la Unión Soviética se ha visto complicada desde hace bastante tiempo debido a la ausencia de un consenso político sobre la naturaleza de la amenaza que representa dicho país, y sobre lo que Estados Unidos debería estar intentando lograr en su trato con los rusos. Los norteamericanos discuten acerca de si los soviéticos están empeñados en conquistar el mundo a toda costa, o si hay alguna manera de pacificarlos; no se ponen de acuerdo sobre si alguna vez será posible "confiar en los rusos". Sostienen debates interminables sobre si la política norteamericana debe tratar de socavar el poderío soviético, contenerlo, halagarlo, o bien coexistir con él buscando intereses comunes.

Hasta cierto punto estos debates reflejan las distintas actitudes psicológicas de quienes participan en ellos. Pero en gran medida han surgido de percepciones anteriores sobre la URSS que ahora han quedado bastante — aunque no totalmente — desacreditadas por los acontecimientos, y por nuestra relativamente nueva capacidad de ver a la sociedad soviética con mayor realismo. Al referirse con franqueza a los hechos y problemas cotidianos de la

sociedad de su país, Gorbachov nos puede ayudar a revisar la imagen que tenemos de éste.

Dicha revisión no debe ser muy radical. La URSS aún es, y seguirá siendo, una nación enorme y poderosa. Sus líderes continúan menos interesados en la estabilidad internacional que en expandir la influencia soviética. Siguen siendo cautelosos, aún conservadores, pero también hostiles hacia un orden mundial dominado por Estados Unidos y por la economía capitalista internacional. Continuarán buscando oportunidades para aumentar su influencia y disminuir la nuestra.

Si bien confronta serios problemas domésticos, la sociedad que presiden los dirigentes soviéticos no se derrumbará ni se transformará en el futuro previsible. Por el contrario, sobreaguará, aunque probablemente en decadencia. El imperio soviético se seguirá debilitando, tal vez eventualmente se desmoronará, pero, de nuevo, el ritmo del cambio será seguramente lento.

No obstante, aún si estos importantes factores permanecen iguales o cambian tan solo gradualmente, un ingrediente central de la imagen del poderío soviético que contribuyó a auspiciar la era de guerra fría ya ha desaparecido, sin que se le haya prestado la atención debida. Gorbachov se refiere tangencialmente a ello cuando le dice a sus camaradas lo mal que están y cuán anti-productivos son sus hábitos de trabajo y sus múltiples excusas. También Reagan lo menciona en sus muchas referencias públicas a la pésima situación económica de los soviéticos y a su consiguiente necesidad de pactar acuerdos de control de armas. Al hablar así, los dos dirigentes se refieren al hecho cardinal de que la Unión Soviética no es competitiva con respecto a las economías occidentales avanzadas, y no da señal alguna de que pueda llegar a serlo en este siglo o aún el siguiente.

Se podría argüir que la Unión Soviética jamás ha sido competitiva en sentido convencional. Su único logro importante en este terreno ha sido la creación de un impresionante poderío militar. Pero la verdad acerca del sistema soviético siempre ha sido menos importante para Occidente que la amenaza inherente en el sistema: la amenaza de haber descubierto una mejor manera de organizar a las sociedades humanas, que probara ser más productiva, más eficiente y, en último término, más atractiva para la gran masa de la humanidad que el modelo occidental. Esa fue la amenaza inicial del bolchevismo; fue la amenaza del Sputnik, que sirvió para movilizar a Occidente, y en particular a Estados Unidos, para llegar a la luna e ingresar a la era de los misiles balísticos intercontinentales. El temor hacia una posible victoria soviética en la competencia global fue lo que impulsó la retórica y el espíritu de la "Nueva Frontera" de John F. Kennedy y luego — aunque discutiblemente — la guerra de Vietnam y la carrera armamentista en el campo de la tecnología altamente sofisticada.

La promesa de Kruschov de enterrarnos no era una amenaza hueca; creímos que iba en serio y temimos que, en efecto, podría hacerlo. Una generación más tarde la Unión Soviética ha perdido su atractivo, y no solo en Europa occidental en donde después de la Segunda Guerra Mundial más se temía que tomara fuerza, sino también en los países del Tercer Mundo en donde el propio Kruschov estaba tan seguro de triunfar.

Durante esa misma generación, el muro de misterio que rodeaba a la URSS se fue haciendo pedazos; los hechos ya son claros. Stalin encontró la forma de modernizar a un país atrasado y de reorganizarlo en torno a un nuevo movimiento político, pero su creación resultó tan pesada y despótica que no ofrecía esperanzas de explotar cabalmente los talentos del pueblo soviético. Y de hecho, en el actual período de cambio tecnológico acelerado, la URSS se está quedando cada vez más atrás de sus rivales.

La oportunidad de ver a la Unión Soviética con claridad nos brinda la ocasión de redefinir la amenaza que plantea. Si las apuestas en la competencia no son tan altas como en alguna ocasión se temió —si la batalla no es por el dominio mundial sino por cambios incrementales en la influencia de los dos bloques—, el hacer frente a la situación debe ser más fácil de lo que se creía.

Pero no será fácil de repente. La persistencia del problema soviético es una de sus características fundamentales. Allí está, inamovible. No existen motivos para esperar que Gorbachov o su sucesor (o sucesores) actúen de una manera que estimemos razonable o que queden satisfechos con el statu quo internacional. La Unión Soviética continuará insistiendo en su status como superpotencia. Los soviéticos perseguirán su propia seguridad, un concepto complicado que siempre parece incluir la inseguridad de Occidente. Seweryn Bialer ha observado que han ampliado su definición, de tal forma que “la seguridad implica cada vez más la preservación del status soviético”⁹.

Gorbachov le aporta nuevo brío y estilo a la política exterior de su país. Un poco tardíamente, los soviéticos al fin han aprendido los trucos de las relaciones públicas. Esta combinación podría, con el tiempo, mejorar considerablemente su imagen internacional, creándole nuevas dificultades a los estrategas norteamericanos. Independientemente de que la cumbre celebrada en Reykjavik entre Reagan y Gorbachov haya sido o no un avance decisivo en el terreno del control de armas, fue, en todo caso, el evento precursor de un estilo soviético más audaz que veremos con más frecuencia en el futuro.

Pero ningún cambio previsible en el estilo o la sustancia de las políticas soviéticas, a nivel externo o interno, transformará el problema que ese país representa para Estados Unidos. Seguirá siendo complicado, pero también continuará siendo manejable.

Aún si las iniciativas domésticas de Gorbachov tienen un éxito bastante mayor de lo esperado, la Unión Soviética seguirá siendo un país relativamente pobre y atrasado. No se volverá súbitamente competitivo respecto de las sociedades avanzadas de Asia y de Occidente. Tampoco se transformará rápidamente en la amenaza que alguna vez temimos, una versión moderna del Tercer Reich, empeñada en la conquista del mundo.

Si, como puede ser posible, la “reconstrucción” de Gorbachov fracasa, él o algún sucesor podrán regresar a una política deliberada de guerra fría como parapeto de los problemas domésticos. Los futuros dirigentes soviéticos pueden decidir que necesitan promover una sensación exaltada de

país sitiado con el objeto de mantener un firme control sobre la población. Un cambio tal sería muy negativo, y también le acarrearía a la Unión Soviética muchos problemas. La “ofensiva atractiva” de Gorbachov se hundiría en una nueva guerra fría, pero las debilidades del país persistirían.

La idea de que la Unión Soviética es hostil y ambiciosa pero incapaz de cumplir ni sus propios deseos ni nuestros temores más oscuros, encontrará bastante resistencia en Occidente. Ha sido mucho lo que psicológicamente hemos invertido en la imagen de la guerra fría como última confrontación entre dos gigantes irreconciliables. La política norteamericana se ha visto dominada por esa imagen desde la época de Joseph McCarthy, si es que no desde antes.

Mijail Gorbachov nos ha dado una nueva oportunidad para reevaluar nuestra idea sobre la confrontación Este-Oeste. Como él mismo lo reconoce implícitamente, en realidad no se están enfrentando dos gigantes equivalentes. Aunque, es verdad, no había necesidad de esta nueva franqueza para percibir cuán grandes son las debilidades soviéticas ni qué tan desfavorable le es a dicha nación el curso de la historia.

Foreign Affairs (Vol. 65 No. 2)

“Ninguna democracia nace perfecta ni acaso llega jamás a serlo. Su superioridad sobre los regímenes autoritarios es que, a diferencia de éstos, ella es perfectible. Y contrariamente a las dictaduras, que si se reforman se debilitan, ella se refuerza en la medida en que es capaz de cambiar y regenerarse”.

Mario Vargas Llosa

9 / Bialer, *op. cit.*, p. 269.